

Es siempre S. Pablo quien habla. «Nosotros, pues, viendo sobre nuestras cabezas una tan grande nube de testigos, despojándonos de las miserias y pecados, corramos con denuedo y paciencia hácia el objeto que nos ha sido propuesto, contemplando y adorando al autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, sentado á la diestra del trono de Dios.»

Hemos llegado ya á esta conclusion capital: la fe es eminentemente racional y gloriosa, porque es el complemento divino del alma humana. Telescopio bendito de mi inteligencia, la pone al alcance de las verdades que más le interesa conocer, y que no puede descubrir por sus propias fuerzas. Telescopio no menos bendito de mi corazón, le inicia en los bienes que puede y debe esperar, únicos que satisfarán su sed insaciable de felicidad. La fe, además de mostrar el camino que lleva á lo verdadero y lo bueno, es la fuente necesaria y eficaz de la felicidad, porque ella sola destruye en nosotros lo que á la misma se opone, ella sola hace gustar los consuelos y goces que constituyen la felicidad, ella sola nos conserva en la posesion plena y total de la felicidad. La fe, en una palabra, eleva, sublima, ennoblece al hombre; la ciencia incrédula lo abate, lo empequeñece, lo degrada.

¿Pero será que las verdades de la fe son contrarias á las verdades de la ciencia? Esta duda implica contradiccion en los términos. La verdad es una y no puede contradecirse á sí misma. Luego la revelacion y la ciencia son verdad todas dos, necesariamente una y otra han de marchar acordes.

En efecto, nosotros vamos á establecer, en los capítulos que seguirán y de la manera más verídica, el acuerdo más perfecto entre la revelacion y la ciencia. Salidas entrambas del mismo Dios, lejos de combatirse, estas dos hermanas se dan mutuamente la mano para remontarse al cielo y fundirse en la vision instintiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

APÉNDICE A.

LOS CLÁSICOS PAGANOS Y LOS AUTORES CRISTIANOS.

Uno de los capítulos más importantes de mi primer volumen es el que tiene por título: *El espíritu pagano considerado como una de las causas principales de la pérdida de la fe*. Yo lo he escrito con tanto mayor aplomo, en cuanto tenía que romper con tradiciones, que para mí eran como una segunda naturaleza. Largo tiempo, muy largo tiempo jesuita, habia tomado la costumbre de considerar á los clásicos paganos no solamente como indispensables en las clases de humanidades, sí que tambien como exclusivamente ó poco menos que necesarios para el estudio del latin y griego. Lo confesaré, no sin pesar mio: yo mismo he organizado los estudios del colegio de Brugelette y redactado los programas que se imprimieron, sin dar, como ¡ay! entonces se acostumbraba, ningun lugar á los autores cristianos. Los gritos de alarma del GUSANO ROEDOR hubieran de excitar en mí el pasmo y la repulsion, que excitaron en la mayor parte de mis colegas; y sin embargo, uera de algunas exageraciones más aparentes que reales,

yo me he asociado á las convicciones de Mgr. Gaume, haciéndome uno de sus ecos más fieles, no sin haber medido el alcance de la oposicion que levantaria y del perjuicio que ocasionaria á mis *Esplendores de la fe*. Mas mi conciencia habia hablado, y yo debia obedecerla. Por otra parte, yo mismo, en mi juventud, habia sido víctima de los clásicos paganos, aunque interpretados por maestros tan piadosos como hábiles. Habia visto nacer ante mis ojos, sin quedar yo libre de ellos, desórdenes que recordaban demasiado las costumbres del paganismo. No he ocultado á mis amados compañeros de religion, que me separaba enteramente de ellos en este terreno resbaladizo. Mi confianza les ha penado vivamente; me han pedido en gran manera suavizar á lo menos la expresion demasiado ardiente de mis nuevas convicciones; me han inspirado temores sobre la mala acogida que preparaba así á mi obra entre muchísimas personas; en fin me han obligado á volver á leer con mayor atencion: 1.º el muy estimado volumen del R. P. Daniel, *De los estudios clásicos en la sociedad cristiana*, en 8.º, 445 pág., París, Lanier, 1853; 2.º la carta del Emo. Cardenal Patrizzi á Mgr. el Obispo de Tloa, administrador de la diócesis de Quebec.... He obedecido y he consignado en este apéndice el resultado de mis últimos estudios. Ellos no me autorizan á modificar mis conclusiones; muy al contrario, las han afirmado más y más, y tendrán por resultado atraer á la opinion de Mgr. Gaume muchos de los que le hacen aún una oposicion formidable. Parece imposible, en efecto, que los jesuitas por sí mismos no se asocien á doctrinas, que son hoy dia las del Soberano Pontífice y de la mayoría de los Obispos; y no dudo en afirmar que, si el Concilio Vaticano se reúne un dia para continuar sus sesiones, como lo espero, declarará solemnemente que es necesario dar en la enseñanza literaria un lugar incomparablemente mayor á los autores cristianos, que el que hasta aquí se les ha dado; que deberán entrar con los autores gentiles en el programa de cada una de las clases de curso entero de la instruccion

y educacion, y que además los clásicos paganos deberán ser mucho más y mejor expurgados que no lo han sido en los últimos siglos.

I.—Voy ahora al libro del R. P. Daniel, escrito con respetuoso convencimiento, con moderacion aparente muy loable, pero que peca por exceso mismo de sus cualidades. Miembro de una corporacion docente, en la que todos los profesores, sin excepcion, son profundamente cristianos, él se identifica demasiado con su Instituto, y olvida que en este siglo XIX es muchísimo mayor el número de los profesores sin fe y sin principios. Si hubiese podido abstraerse de su Compañía, no se hubiera atrevido á escribir desde el principio, pág. 7: «El libro, sea quienquiera el que lo haya escrito, heterodoxo ó católico, no extiende su influencia más allá de las materias de que trata y de los preceptos que emite. En lo que concierne á la educacion, es un agente secundario, á veces indiferente y neutro, un instrumento que obedece á las manos del maestro, agente principal. En efecto, esta es una exageracion evidente, una ilusion que honra quizá al que participa de ella, pero una ilusion tanto más imperdonable en el padre Daniel, en cuanto despues de haber limitado el campo que acaba de recorrer, los estudios clásicos, añade: «¡Humilde campo! pero que importa principalmente cultivar con cuidado por razon de las tiernas plantas que crecen en él. HORACIO LO HABIA DICHO, más de un concilio, más de un Padre de la Iglesia lo han repetido: *Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu.*» ¿Por qué citar aquí á Horacio, un autor pagano muy poco casto? El Sabio por excelencia habia dicho mucho tiempo antes que Horacio: *Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*; los concilios y los Padres se han hecho eco, no de Horacio, sino del Sabio.

El R. P. Daniel parte del siglo IV de nuestra era para no detenerse hasta el siglo XVII. Hace constar que entre estos dos términos, en que la sociedad cristiana se desen-

vuelve de una manera normal en la plenitud de su independencia, «la Iglesia distinguió siempre lo que perteneció al mundo griego ó romano... Ella no reprobó este pasado, y ordenó á sus hijos manejar esos instrumentos de fábrica extranjera, aunque cargados del moho del paganismo.» ¡Extraña preocupación de espíritu! Para confirmar esta tesis que aceptamos, el P. Daniel cita estas palabras de la Encíclica *Inter multiplices* de Pio IX: *Adolescentes... ita diligenter imbuantur, ut non solum germanam dicendi scribendique elegantiam et eloquentiam, tum ex sapientissimis sanctorum Patrum operibus, tum ex clarissimis ethnicis scriptoribus, ab omni labe purgatis, addiscere; sin ni siquiera advertir que la Encíclica da larga cabida á los autores cristianos ausentes por completo de los programas que acaba de defender, y de los cuales no se puede cambiar nada.*

De ningun modo pretendemos negar la primera conclusion del P. Daniel, pág. 29: «Los estudios literarios, en el tiempo de los Basilio y Gregorios Naciencenos, tenian por base la antigüedad profana: esto mismo fué antes y despues de la ley tiránica de Juliano.» Tampoco haremos valer contra su tesis las confesiones y remordimientos que pone en boca de tan grandes doctores. San GREGORIO NACIENCENO: «Me pedís mis libros, y os haceis niño hasta el punto de estudiar esa retórica que yo he dejado á un lado, despues que prevenido y ayudado por la gracia de Dios he vuelto los ojos hácia el cielo... Yo he debido sacrificar al Verbo esos discursos y todo lo que poseía.» San BASILIO: «Despues de haber perdido mucho tiempo en frívolas ocupaciones, empleado trabajosamente mi juventud en adquirir esa ciencia, que no es más que locura á los ojos de Dios, al fin he despertado como de un profundo sueño.» Estos pesares ó estos remordimientos, dice el P. Daniel, no impidieron á Basilio escribir un opúsculo, en el que demuestra á los niños que la lectura de los autores gentiles puede serles útil, y en el que les enseña cómo deben hacerla.

Las prácticas de S. Jerónimo y S. Agustin fueron las de S. Basilio y del Nacienceno; se sirvieron tambien de los autores paganos en la enseñanza de la literatura, ¿y nosotros no sacaremos ninguna consecuencia restrictiva del sueño de S. Jerónimo, que sin embargo pasma algun poco al P. Daniel, pág. 42: «Llevado á los piés del Juez soberano, á la primera pregunta de su interrogatorio, ha respondido: Yo soy cristiano.—Tú has mentido, replica Jesucristo, tú eres ciceroniano y no cristiano, porque en donde está tu tesoro allí está tu corazon.—Despues de lo cual es azotado y no obtiene gracia sino promeliendo solemnemente no leer más ni conservar ningun autor gentil?» S. Jerónimo ha podido, sin faltar á su juramento, explicar Ciceron y Virgilio á los jóvenes que se le confiaron en su soledad de Belen. Del mismo modo S. Agustin pudo leer Virgilio á sus alumnos, aunque en sus *Confesiones* critica altamente, dice el P. Daniel, pág. 32, á los entusiastas gramáticos que comunicaban á sus discípulos la loca embriaguez que ellos mismos bebian en la apasionada lectura de Virgilio.

Admitimos, pues, que, durante el iv, v y vi siglos, los clásicos paganos eran puestos en las manos de los niños desde el principio de su educacion literaria, de sus estudios propiamente dichos, para formar ciudadanos, inspirar la elocuencia, preparar á los intérpretes de la Escritura Santa, dotándoles de toda la erudicion, de toda la penetracion necesaria para este difícil trabajo.

Sin duda Carlomagno y Alcuino ayudaron con todo su poder el estudio de las letras, y esto con un espíritu eminentemente cristiano. «Os exhortamos, dice Carlomagno, en su circular de 778, á los Obispos y demás prelados, os exhortamos á no descuidar el estudio de las letras y á cultivarlas lo mejor que se pueda, con toda humildad y con la intencion que Dios no dejará de apreciar, de penetrar más fácilmente y con más seguridad el sentido misterioso de las Escrituras.» Se trataba, pues, de una enseñanza profundamente cristiana en su objeto, de la cual no se

excluía á los autores paganos, Virgilio, Ovidio, Lucano, pero en la que se introducía también á S. Próspero, Sedulio, etc. En la revista de los autores que leía el maestro Teodulfo, pág. 99, pone en primer lugar á los Santos Padres, en el segundo á los poetas cristianos; los poetas gentiles, Ovidio y Virgilio, están reservados á los gramáticos. Los sucesores de Alcuino marcharon sobre sus huellas; explicaban á Virgilio, Terencio, Ciceron, sin omitir á Prudencio, etc. Para alcanzar un objeto divino, tomaban de los gentiles el instrumento: *causam in divinis, instrumentum in gentilibus*. Pero al mismo tiempo Rábano Mauro declaraba en qué condiciones se permitía la lectura de los poetas gentiles, pág. 130: «El Deuteronomio ordenaba á los israelitas que querian tomar por esposa á una de sus esclavas cortarle las uñas y los cabellos; se tratará, pues, á la poesía pagana como á esta extranjera, se la despojará de todo lo que hay en ella de supérfluo y peligroso: nuestra costumbre es obrar así.»

En las universidades de los siglos XIII y XIV los autores paganos quedaban por base de la instrucción, pero unidos á los autores cristianos, y la poderosa voz de Gerson hacia escuchar esta sapientísima regla: «En cuanto á los autores paganos, dáos á esta lectura sin entregaros á ella; haced en la misma algunas excursiones rápidas; en ello nada tendré que decir. Un gran número de pensamientos morales, de bellezas de estilo, de expresiones escogidas, un cierto conocimiento de la poesía é historia, hé aquí lo que encontraréis en ellos. Conviene tomarse algun descanso y variar las lecturas. Verdad es que estas mismas ventajas se encuentran en los doctores de la Iglesia, en la *Ciudad de Dios* de S. Agustín, en Orosio, en san Jerónimo, en Lactancio, y parece que podréis buscarlas en éstos con tanto provecho si no mayor.»

El R. P. Daniel conviene sin dificultad en que en tiempo del Renacimiento el número de autores paganos admitidos en la enseñanza clásica creció notablemente, lo cual no impidió que se abriese muy ancha puerta á los

autores cristianos, Prudencio, Juvenco, Sedulio, Arator, S. Gregorio Nacienceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, lo que no hacen los jesuitas en el siglo XIX. Esta invasión de paganismo á sangre fría no le espanta, pues dice aún con muchísima calma é ironía, pág. 187: «¿Os parece que las modificaciones introducidas en el programa de estudios de la Edad media son bastantes para echar abajo las creencias? ¿Y la impiedad moderna hubiera salido de allí y también el comunismo y socialismo? Es esta una convicción muy pertinaz. Nosotros tenemos dificultad en participar de la misma. *Que una montaña engendre un raton, eso lo creemos sobre la palabra del fabulista; pero nosotros no hubiéramos jamás imaginado que fuese permitido trocar los papeles.*» Esta frase es cruel. El espíritu pagano del Renacimiento no es un raton, sino un germen deletéreo capaz de emponzoñar un mundo.

¿Tendrá el Evangelio menos importancia que la fábula en los recuerdos del P. Daniel? Es Jesucristo quien ha hablado de la pequeña porción de levadura que corrompe la masa enorme de la harina. Al menos seamos justos y exactos. El P. Daniel conviene, pág. 201, «en que en el principio este rio del Renacimiento destinado á fecundizar el campo del estudio (*sic*) ha roto sus diques, y ha levantado acá y allá un limo impuro, cuyo derramamiento ha podido llegar hasta las escuelas.» Él pone en boca de Eneas Silvio, despues papa bajo el nombre de Pio II, estas palabras para hacerlas valer en favor de su tesis, que el protestantismo lo ha hecho todo y el Renacimiento nada: «¿Con qué derecho nos traeis vuestros poetas de Italia y venís á corromper con la molicie enervadora de su lenguaje *las santas costumbres de Germania?*»

Vamos ahora al concilio de Trento. Prescribiendo para los discípulos el estudio de la gramática y artes liberales, conserva sin duda la enseñanza clásica y los autores paganos, que no señala, en el cap. 1.º de la sesión V: *De instituenta lectione sacrae Scripturae et liberalium artium*,

título que por sí solo indica la preeminencia que se ha de dar á la literatura cristiana. Mas el concilio vuelve á tratar de los autores paganos en la célebre regla 7.^a de su *Index*, pág. 238: «Los libros que *ex professo* tratan, refieren ó enseñan cosas lascivas ú obscenas, por lo mismo que hay que tener cuenta no solamente de la fe, sí que tambien de las costumbres fáciles de corromperse por la lectura de tales libros, son completamente prohibidos, y los que los conserven sean severamente castigados por los Obispos. En cuanto á los libros antiguos, escritos por gentiles, son permitidos por razon de la elegancia del lenguaje y la propiedad de los términos; pero bajo ningun pretexto pueden ser explicados á los niños, es decir, á los adolescentes, segun la interpretacion del concilio de Milan.»

La última frase de esta regla embaraza harto al P. Daniel, y le pone en tortura para demostrar que en esta segunda parte, como en la primera, se habla de libros que tratan *ex professo* de cosas lascivas ú obscenas. Mas esta interpretacion es evidentemente imposible, porque los libros que tratan *ex professo* de tales cosas son entredichos por las reglas del *Index*, aun á los hombres avanzados en edad. El solo sentido posible que hay que dar á esta proposicion es, que no se deben leer ni explicar á los niños los autores paganos, que, sin tratar *ex professo* de cosas lascivas ú obscenas, sin embargo las contienen. Esto es lo que significa el decreto del concilio de Milan citado por el P. Daniel, pág. 244. En una palabra, nosotros no pretendemos de ningun modo que el concilio de Trento *proscribe los clásicos paganos*, sino que exige que sean completamente expurgados de toda frase lasciva ú obscena, por ejemplo del infeliz verso: *Formosum pastor Corydon ardebat Alexim*, que se le encuentra ó á lo menos se le encontraba en el Virgilio clásico de los Jesuitas. Nada de más preciso y sabio bajo este punto que las dos reglas de S. Ignacio reproducidas en la pág. 251: «Que se abstengan en las clases de humanidades de explicar á la ju-

ventud ningun libro que encierre cosas capaces de perjudicar á las buenas costumbres, á no ser que previamente se haya quitado todo pensamiento, toda palabra contraria á la honestidad... Si un autor, Terencio por ejemplo, no es susceptible de ser expurgado, se renunciará desde luego á verle, por temor de que en semejante caso el mismo sujeto no sea un tropiezo para las almas.» Hé aquí el verdadero espíritu del concilio de Trento.

La alocucion del R. P. Possevino á los habitantes de Luca, pág. 258, embaraza aún más al P. Daniel. De buena gana aceptamos sus explicaciones. El R. P. combatia, no el uso, sino el abuso de los autores paganos, y queria, pág. 26, que se observase el decreto del concilio de Letran relativamente á la enseñanza de la doctrina cristiana, y que los frutos de esta enseñanza no fuesen maleados por la lectura cotidiana de Terencio ó de otro libro lleno de impiedad, pág. 250: «Sus colegas eran paganos del mismo modo que él, ni proscribian á Ciceron ni á Virgilio, no *descuidando á veces la ocasion (sic)* de hacer admirar á sus discípulos la elocuencia de los Santos Padres, y colocando la poesía de la Biblia por encima de la de Homero.» Sabemos muy bien que la gran mayoría de los profesores jesuitas eran fieles á la regla de Jouvency, pág. 262; «que la interpretacion de los escritores sea tal que, aunque gentiles y profanos, vengan á ser todos, en cierta manera, heraldos de Jesucristo.» Mas ¡ay! son muchísimos los profesores que no son jesuitas ó que no tienen el buen espíritu de la Compañía de Jesús, y resulta muy verdadera esta acusacion de Mgr. Gaume, que no iba dirigida á los jesuitas: «Exaltar á los gentiles y despreciar á nuestros padres en la fe, tal es desde tres siglos el fondo obligado de la educacion pública en Europa.» «Dejemos aparte, exclama el P. Daniel en su indignacion, y no hablemos más del autor ni del libro, *El Gusano roedor*, y prosigamos más bien nuestra visita por las escuelas de san Carlos Borromeo.» Nosotros vemos que no se proponian en ellas sino autores antiguos, entre los cuales debian ser contados san Basilio y san Juan Crisóstomo.